

Manuel Acuña, existencialista

Manuel Acuña, existentialist

Dr. Alejandro Pérez Cervantes

Cuerpo Académico “Expresión visual” / LGAC Imagen

Comunicación y cultura

Licenciatura en Diseño Gráfico. Escuela de Artes Plásticas

“Prof. Rubén Herrera”

Unidad Saltillo UAdeC

correo electrónico: alejandroperez@uadec.edu.mx

Resumen:

El objetivo del presente artículo es establecer una relación conceptual y temática entre ciertos aspectos de la obra del poeta saltillense en referencia a la corriente filosófica del existencialismo, mediante una revisión histórica y conceptual en torno a su desarrollo, sus preocupaciones y preguntas, así como las reincidencias y evolución de estas ideas a lo largo de diversos movimientos literarios o de pensamiento. Una de las herramientas que se proponen para llevar a cabo este propósito es la lectura intertextual, principalmente en torno al conocido poema *Ante un cadáver*.

Palabras clave:

Acuña. Filosofía. Existencialismo. Literatura. Intertextualidad. Poesía. Romanticismo.

Abstract:

The objective of this article is to establish a conceptual and thematic relationship between certain aspects of the work of the Saltillo poet in reference to the philosophical current of existentialism, through a historical and conceptual review around its development, its concerns and questions, as well as the recidivism and evolution of these ideas throughout various literary or philosophic movements. One of the tools that are proposed to carry out this purpose is the intertextual vision, mainly around the well-known poem *Ante un cadáver*.

Keywords:

Acuña. Philosophy. Existentialism. Literature. Intertextuality. Poetry. Romanticism.

*Él estaba enfermo de dos tristes cosas:
de pensamiento y de vida.*

José Martí sobre Manuel Acuña.

Publicado en *El Federalista*, 6 de diciembre de 1876

*Página en que la esfinge de la muerte
con su enigma de sombra nos provoca:
¿Cómo poderte descifrar, si es poca
toda la luz del sol para leerte?*

“Inscripción en un cráneo”

Manuel Acuña

La razón no sirve para la existencia.

Ernesto Sábato

INTRODUCCIÓN

¿Pueden poesía y filosofía compartir en más de una forma la misma visión del mundo? ¿De qué manera un tardío autor decimonónico posiblemente anticipa a planteamientos que fruto de arduos procesos reflexivos lograron filósofos posteriores? o ¿Es la obra de Manuel Acuña y su incuestionable simbiosis temática

y teórica con la corriente filosófica del existencialismo un ejemplo más de la tan llevada y traída “intertextualidad” (Kristeva, 1982)?

El presente ensayo busca reflexionar en torno a esta cuestión.

Vasos comunicantes

El lugar conocido de la relación entre la filosofía y arte va más bien en sentido inverso: hay quien afirma que los conceptos y preocupaciones abordados por los filósofos existencialistas se forjaron en una decisiva influencia del arte: obras literarias y plásticas, sin necesariamente ser calificadas como existencialistas, serían responsables de originar influencias posteriores en dicha corriente filosófica. Este documento propone un sentido contrario: la poesía no fluyó e influyó al existencialismo, sino que a través de su contexto histórico, político, de forma indirecta, a través de lecturas, influencias que rebotaron aquí y allá -transformadas- abonaron temas y preocupaciones de un autor que en su circunstancia histórica y política debió haber abrazado más bien la corriente positivista. Así, a lo largo de este texto, veremos que Manuel Acuña fue hereje en más de un sentido. La presente tesis no busca comprobar una genealogía, ni trazar orígenes o corrientes fundacionales, si no señalar los puntos de encuentro, comentar las incidencias, los puentes y roces entre uno de los más altos poetas del romanticismo tardío mexicano y una de las corrientes más influyentes de la filosofía contemporánea. En sus trabajos sobre intertextualidad, la semióloga búlgara Julia Kristeva plantea

que “ningún sujeto puede producir un texto autónomo. Al decir “autónomo” nos referimos a un texto en el que no existieran vínculos con otros textos, un texto que surgiera límpido, impoluto de la mente que lo produjera”.

La emoción y la razón. El autor y la historia. Vasos comunicantes. Por ejemplo, autores como Kafka, que en obras como *El proceso*, *El castillo* y *La metamorfosis* confrontó a sus personajes con situaciones angustiantes y absurdas, donde las explicaciones al caos eran humanamente inaccesibles. Muy cerca de ahí, en Austria, Rainer María Rilke creó obras que impactaron profundamente a los existencialistas: Jean Paul Sartre reconoció la similitud de motivos entre la obra del alemán *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* y su novela *La náusea*: el ansia de una existencia auténtica y el azaroso combate contra la muerte. Más cercana culturalmente a nosotros está también la obra de otro pseudo existencialista: el portugués Fernando Pessoa, autor, entre muchos otros, de *El libro del desasosiego*. Filósofos que fueron también novelistas: Sartre con *El muro* y *La náusea* o Albert Camus, que brilló como autor con *La peste* y *El extranjero*, ficciones a donde trasladó sus preocupaciones filosóficas, políticas y metafísicas. Otros autores que sin declararse abiertamente existencialistas bordearon sus linderos fueron un poco atrás los escritores y dramaturgos Antonin Artaud –quien viajó fascinado por México- y Jean Genet. Contemporáneo de los últimos existencialistas otro radical y escritor maldito: Louis Ferdinand Cèline, autor de la celebrada *Viaje al fin de la noche*, admirado como una decisiva influencia por los escritores de la llamada Generación Beat.

No se podrá olvidar mencionar a un autor especialmente popular en la juventud de la segunda mitad del siglo veinte: el alemán Herman Hesse, que dibujó en novelas como *Demian*, *El lobo estepario* o *Siddhartha*, la vida de jóvenes en busca de su identidad, creciendo a través de un mundo hostil y caótico.

Este vínculo entre existencialismo y arte no se limitó sólo a lo literario, en cine autores como el sueco Ingmar Bergman –*El séptimo sello*, *Gritos y susurros*– y el ruso Andrei Tarkovsky recurrieron a premisas y cuestionamientos filosóficos de esta corriente como pretexto para sus tramas.

Orígenes

Pero antes de explorar esta relación entre la obra del autor coahuilense y la corriente existencialista, empecemos por definirla en sus conceptos centrales y orígenes. El existencialismo es el término usado para definir a esta corriente filosófica o de pensamiento, que vista desde el enfoque positivista podría ser considerada como “de corte irracionalista” . Aunque fue mayormente reconocida a mediados del siglo veinte, su origen data desde el siglo diecinueve, incluso algunos autores reconocen su presencia a lo largo de toda la historia humana (planteamientos relativos a la melancolía, la angustia, el duelo, la desesperanza y la orfandad se pueden rastrear en antiguos textos épicos como la sumeria *Epopéya de Gilgamesh* y en el Antiguo Testamento: baste leer *El libro de Job*).

Aunque podríamos rastrear los antecedentes del existencialismo en pensadores del siglo diecinueve como el danés Soren Kierkegaard y el alemán Friedrich Nietzsche, y más indirectamente el también alemán Arthur Schopenhauer, así como en algunas

obras del ruso Fiódor Dostoyevsky, su consolidación se logra en autores de mediados del siglo veinte como el francés Jean Paul Sartre, el español Miguel de Unamuno, la feminista Simone de Beauvoir y el también novelista y premio Nobel de literatura Albert Camus.

Táctica y estrategia del existencialismo

Desglosemos la manera formal en que el existencialismo abordó la filosofía: los autores de esta corriente postularon la reflexión sobre la existencia como el tema filosófico central, no refiriéndose a ella como un fenómeno abstracto, sino a la existencia humana concreta como herramienta primaria de reflexión. Para este abordaje sobre la existencia usaron dos caminos: prefirieron como método filosófico no usar el pensamiento especulativo (la construcción de la teoría filosófica cimentada en conceptos abstractos), prefiriendo el método fenomenológico: concebido principalmente como un enfoque con apego a lo experimentado realmente por el hombre, lo que la existencia ofrece al hombre en la dimensión de la vida. Por lo mismo, combatieron y criticaron los enfoques abstractos y el abuso en previas reflexiones filosóficas de la abstracción y la razón matematizante en el intento de comprender la inabarcable dimensión humana, lo que también los empujó al extremo de desconfiar de la técnica y la ciencia. Son indudables las coincidencias en las preocupaciones temáticas de los existencialistas con respecto a la obra de Manuel Acuña: al igual que el saltillense, se preocuparon por estudiar la dimensión de la finitud en el contexto humano: la temporalidad, la muerte, la subjetividad, la libertad, la responsabilidad, la autenticidad y la fragilidad de la existencia.

Lo marginal en el centro

Otro aspecto esencial de esta corriente, que no escuela, es que, en una clara reacción contra la filosofía tradicional, nunca partió de un sistema. Sus máximos exponentes nunca buscaron centrarse en el desarrollo de rígidas teorías, más bien en un descarnado examen de la condición humana, sus derivaciones y sus condicionantes: las implicaciones emotivas de la libertad y la responsabilidad individual, así como al azaroso sentido de la vida.

Jean Paul Sartre, uno de sus exponentes más visibles, hizo eco a uno de los principios elementales de esta corriente: para los existencialistas no hay una naturaleza que defina los actos humanos: “la existencia precede a la esencia”, es decir, nuestros actos nos definen.

Para el existencialismo la libertad es como Jano, aquel personaje bifronte de los griegos: el individuo es libre, pero a la vez enteramente responsable de sus actos. Lo que nos empujaría a la generación de una ética de la responsabilidad individual, al margen de cualquier sistema de creencias previo y separado de esta visión.

Para entender los postulados de esta corriente, habrá que conocer el contexto histórico en el cual se desarrolla: el duro trauma de dos Guerras Mundiales, es en este marco de horror y de absurdo –“la banalidad del mal” lo llamaría posteriormente Hannah Arendt al presenciar el juicio a los criminales nazis– en que los existencialistas proyectan estas cuestiones: ¿Existe la libertad absoluta? ¿Por qué o para qué existe el ser? ¿Tiene sentido la vida?

Preocupaciones

Pero vayamos más atrás: el existencialismo surge como una reacción opuesta a las tradiciones filosóficas dominantes como el empirismo, y su derivado el racionalismo, que en previos periodos históricos habían buscado revelar un sistema u orden dentro de la estructura del mundo aparente.

Es en la posguerra cuando autores existencialistas, sobre todo franceses como Sartre, Simone de Beauvoir, y posteriormente el argelino Albert Camus, publican obras narrativas o ensayísticas donde ponen a debate conceptos como la nada, el absurdo, la guerra, el tiempo, la relación Dios-hombre, la naturaleza de éste último y la libertad desde una perspectiva vivencial, desmarcándose de los planteamientos de la filosofía tradicional, a la que consideraban desvinculada de los problemas inherentes a los dilemas y avatares de la existencia humana.

Incluso podría decirse que el existencialismo va en sentido contrario de lo deductivo, yendo de lo particular a lo general, revelando desde adentro hacia fuera, mediante un arduo censo del medio real y mental en el que el hombre se desarrolla, para así ir buscando un sentido, un entendimiento y una razón a su propia existencia.

Es obvio señalar que mucha de la resistencia y descrédito hacia esta corriente no provino de otras ramas de la filosofía tradicional, sino de sectores religiosos, específicamente cristianos, que a lo largo de todo el siglo veinte reaccionaron de manera activa a sus planteamientos, básicamente al propuesto por Jean-Paul Sartre (“la existencia precede a la esencia”) considerándolo un ataque directo que desdecía el

dogma cristiano. Los críticos olvidaban que la idea del ideólogo francés no era para nada nueva, éste la había retomado de un filósofo anterior a la fe cristiana: Aristóteles.

El existencialismo: sus tres escuelas

Paradoja; así como en la obra del saltillense, el concepto de Dios -cerca o lejos, reafirmado o cuestionado- es un eje nodal para el existencialismo. Dios es el eje del que parten las tres principales escuelas existencialistas: El primero, el existencialismo cristiano, defendido por el danés Soren Kierkegaard, el agnóstico, representado por Albert Camus y Heidegger, y el ateo, representado por Sartre, aunque la percepción que ha permeado más de esta corriente sea la de su irrelevancia para la existencia humana, un concepto insuficiente para dar respuesta a las necesidades metafísicas del ser.

El eje Dostoyevsky

Además de los consabidos antecedentes históricos, literarios y religiosos, otro de los ejes importantes para el desarrollo de la corriente existencialista fue la obra del novelista ruso Fiódor Dostoyevsky, curiosamente contemporáneo de Manuel Acuña (11 de noviembre de 1821-21 de febrero de 1881 / 27 de agosto de 1849-6 de diciembre de 1873) ¿Alcanzaría el mexicano a leer al ruso?

Dostoyevsky se adelantó al siguiente siglo con sus novelas “de ideas”, donde planteó la vida de individuos ante situaciones radicales, enfrentados al abismo de las decisiones, rodeados de una realidad caótica y sin más referencia espiritual que la voz de la propia conciencia. El ruso no sólo miró como insuficientes las respuestas

de la espiritualidad, sino también las provenientes de la razón. Esta tendencia se inició con su gran obra *Memorias del subsuelo*, donde se mostró incrédulo ante las capacidades de la razón para consolidar las decisiones humanas, en clara rebeldía contra el reinante racionalismo de su época.

Tesis que reafirmó posteriormente, a través de escabrosas tramas donde se regodeó en la destrucción de los valores familiares caros a la cultura occidental, el suicidio como alternativa y el sufrimiento como camino de catarsis espiritual en obras como *Los hermanos Karamazov*, *El idiota*, *Los endemoniados* y *Crimen y castigo*.

El factor Kierkegaard

Antes que Dostoyevsky, otro contemporáneo de Acuña fue un autor esencial para los cimientos filosóficos del existencialismo: Soren Kierkegaard (1813-1855), a quien de manera unánime se reconoce como el primer filósofo existencialista. Incluso, se le atribuye la invención del término, aunque nunca la utilizó para referirse a sí mismo o a su propia obra. Con Kierkegaard surge la taxonomía que englobará a los representantes de esta corriente: 1.- Subjetivismo moral. 2.- Individualismo moral. 3.- El concepto de angustia.

Además de su marcada religiosidad, Kierkegaard indujo en el existencialismo con una potencia inusitada la noción de subjetividad. En sentido contrario a la tradición filosófica, sostuvo que el bien más alto individual era encontrar su propia visión y camino: “encontrar una verdad única para mí. La idea por la que pueda vivir o morir.”

Lo que en la filosofía actual ha identificado como “individualismo moral”: una pers-

pectiva personal sin referente en criterios masivos o universales, rasgo que emparenta a esta escuela filosófica con la autonomía emotiva, social y política de los artistas del movimiento Romántico, del cual Acuña fue un exponente tardío. Con demasiadas coincidencias con los revuelos románticos, Kierkegaard es de los primeros en señalar lo frágil en un concepto como la “objetividad”, elevando a la filosofía de ser concebida como una disciplina exacta a un ejercicio de observación donde se privilegió las nociones de “experiencia” e “individuo”.

¿Qué más pruebas de esta relación entre romanticismo y existencialismo que el énfasis de la acción individual en la construcción de conceptos relativo a la moralidad y a la verdad?

Para los románticos, más desde una perspectiva vivencial e intuitiva, y posteriormente los existencialistas, desde una perspectiva teórica, la experiencia personal y la consistencia con las convicciones propias articulaban una de las tantas formas de querer acercarse a la verdad: la perspectiva subjetiva.

Y aquí es donde viene el primer quiebre y al mismo tiempo cima del existencialismo como corriente filosófica: es a partir de esta perspectiva subjetivista que el existencialismo se opone al dictado de principios racionales, preconcebidos, objetivos y universalmente válidos. Los existencialistas se vuelven asistemáticos. Rompen con el sistema fijo, inmóvil, transparente propuesto con Kant.

Son subjetivistas, irracionalistas, hasta pareciera que habláramos de los románticos: los que nos legaron como valores estéticos supremos la poesía, la música, los héroes, los mitos, la angustia, la noche, el misterio, la melancolía, el abandono, el

deseo, la soledad. Acuña resume esta perspectiva en una de sus obras cumbre: “Ante un cadáver”, que analizaremos en el capítulo dos.

Ser y tiempo

Al igual que los románticos, Acuña supera al pensamiento positivista reinante en su época y se adelanta a los existencialistas, no negando completamente a la razón, sino cantando a los misterios de la muerte y de la vida, inabarcables a la razón y a la ciencia.

En otro autor posterior encontraremos también coincidencias con su obra: Martin Heidegger. Y aunque el autor de *Ser y tiempo* fue insistente en su negativa a ser clasificado dentro de la corriente existencialista, su propensión a la búsqueda del “sentido del ser” a lo largo de toda su obra, lo contradice. En *Ser y tiempo*, su obra esencial, publicada el año de 1927, el alemán resume una suprema coincidencia con el rasgo eminentemente sensorial de la poesía: su principal característica es volcar su total atención a la existencia individual, concreta, real y única del hombre; desmarcándose de la racionalización, la especulación abstracta y los rígidos moldes de la objetividad.

Es en la obra de Heidegger donde se arraiga un rasgo esencial del existencialismo: la oscura conciencia de la desesperanza, el pesimismo como ejercicio constante. El ser humano es un ser “arrojado” en el mundo, una entidad a la que la existencia le ha sido impuesta como una pesada losa, huérfano en la angustia implícita a su fragilidad.

Pero es precisamente en este abismo donde residen las respuestas; otra vez Jano

bifronte: la angustia de un espíritu consciente de su propia libertad, responsable absoluto de su renovación en cada acto, en cada decisión.

El hombre y su circunstancia: Ortega y Gasset

Este amplio preámbulo nos lleva finalmente al autor más cercano al poeta mexicano, aunque ligeramente posterior en su obra, quien incidió y consolidó las tesis existencialistas, el español José Ortega y Gasset, discípulo de Heidegger y alumno de Edmund Husserl, y considerado junto al vasco Miguel de Unamuno los máximos exponentes del existencialismo en nuestro idioma. Al largo recorrido de la filosofía existencialista para deslindarse de la filosofía tradicional: renunciar al dogma de la objetividad, poner en el centro al individuo y su experiencia concreta, enaltecer la subjetividad por encima del dogma religioso y racional, elevar lo empírico y aleatorio más allá del sistemático método científico, el filósofo español añadió un concepto tangencial: la circunstancia.

Genialidad incuestionable la suya al resumir siglos de filosofía occidental en su conocida tesis “Yo soy yo y mi circunstancia” (Ortega y Gasset, 1917). La vida como una verdad radical, el contexto como elemento moldeador de la conducta, la visión y las decisiones humanas, ese *Aleph* en el que todo de pronto se hace presente. Ya sus precursores alemanes se habían acercado a tal conclusión al señalar las *Erlebnisse*, conjunto de vivencias mediante las cuales el individuo navega y “experimenta” la realidad, esa misteriosa y personalísima forma en que cada uno se relaciona desde su propia perspectiva con el mundo: vivir es experimentar las evidencias, evidencias que como ladrillos fundan nuestro conocimiento

y visión del mundo: “La vida es una actividad que se ejecuta hacia adelante, y el presente o el pasado se descubren después, en relación con ese futuro. La vida es futurización, es lo que aún no es”.

Humanismo vs nihilismo: el expediente Sartre

Figura indiscutiblemente visible del movimiento existencialista, quizá por su activismo político, su longevidad o su profusión, sus detractores juzgaron a Sartre como “autor decimonónico”: queriéndolo tildar de anticuado, no pensaron en la certeza de su afirmación. Lo que le dio pie al francés para la aclaración fundamental: el existencialismo no es una forma de nihilismo, sino de humanismo.

El autor de *La náusea* tuvo el valor y la inteligencia para replantearse y evolucionar, a su primer periodo pesimista “el ser humano es un ser para la nada” donde el absurdo y el caos son la única respuesta, creció hacia el ideal humano del compromiso con sí mismo y con el prójimo: la libertad es una posibilidad real, como lo manifestó en sus populares apotegmas o paradojas: “Nunca se es más libre que cuando se está privado de la libertad”, el poder de la conciencia como factor liberador, y la naturaleza paradójica de la libertad, libertad como responsabilidad: “los seres humanos estamos condenados a la libertad”, y la rabiosa defensa del propio yo: “el infierno es la mirada de los otros”.

El epílogo de su postura fue su célebre rechazo a recibir el Premio Nobel de Literatura en 1964, aduciendo razones personales y éticas.

Análisis

ANTE UN CADÁVER

¡Y bien! Aquí estás ya..., sobre la plancha
donde el gran horizonte de la ciencia
la extensión de sus límites ensancha.

Aquí, donde la rígida experiencia
viene a dictar las leyes superiores
a que está sometida la existencia.

Para los existencialistas, la idea de "existencia" se opone a esencia y no es un concepto que pueda ser definido. Así, sólo el hombre "existe" propiamente, puesto que "hombre" y "existencia" son tenidas por sinónimos. Y en este sentido, la existencia implica libertad y conciencia.

Aquí, donde derrama sus fulgores
ese astro a cuya luz desaparece
la distinción de esclavos y señores.

En la visión existencialista, no solamente la razón descubre la realidad, sentimientos como la angustia son herramientas que hacen al hombre experimentar con una mayor nitidez la existencia. Kierkegaard se refiere a este fenómeno, distinguiéndola del

miedo porque a diferencia de él, la angustia no posee una razón clara y nace del mar de posibilidades sin garantía resultado de la existencia humana. Asimismo, en La Nausea, Sartre se refiere al absurdo inherente al hecho de existir: todo es contingencia y caos, no hay nada herramienta o formulación capaz de explicar en su totalidad la existencia.

Aquí, donde la fábula enmudece
y la voz de los hechos se levanta
y la superstición se desvanece.

Aquí, donde la ciencia se adelanta
a leer la solución de ese problema
que solo al anunciarse nos espanta.

Ella, que tiene la razón por lema,
y que en tus labios escuchar ansía
la augusta voz de la verdad suprema.

Aquí está ya... tras de la lucha impía
en que romper al cabo conseguiste
la cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,

tu máquina vital descansa inerte
y a cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más!, dirán al verte
los que creen que el imperio de la vida
acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida
se acercarán a ti, y en su mirada
te mandarán la eterna despedida.

¡Pero no!..., tu misión no está acabada,
que ni es la nada el punto en que nacemos,
ni el punto en que morimos es la nada.
Círculo es la existencia, y mal hacemos
cuando al querer medirla le asignamos
la cuna y el sepulcro por extremos.

De la manera en que la propuso y defendió Sartre, el existencialismo fue una forma de humanismo a ultranza, una doctrina de acción: la vida sólo es posible en la acción, el ser humano sólo “existe” en la medida en que se realiza, resumen de sus actos y nada más.

La madre es solo el molde en que tomamos
nuestra forma, la forma pasajera
con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
que nuestro ser reviste, ni tampoco
será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco
volverás a la tierra y a su seno
que es de la vida universal el foco.

Y allí, a la vida, en apariencia ajeno,
el poder de la lluvia y del verano
fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
irás del vergel a ser testigo
en el laboratorio soberano.

Para los existencialistas, “existir” es habitar el mundo y establecer una relación activa con las cosas y otros seres. Esta relación no trata sólo de “estar entre”, sino en

dirigirse hacia ellas. Actitud entendida como trascendencia, el ser que rebasa su propia conciencia para dirigirse hacia el Mundo. Asimismo, “estar en el mundo” es un hecho activo. El hombre construye un conjunto de relaciones útiles entre sí y respecto a sí mismo. Así se constituye su espacio vital.

Tal vez para volver cambiado en trigo
al triste hogar, donde la triste esposa,
sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
verán alzarse de su fondo abierto
la larva convertida en mariposa,

que en los ensayos de su vuelo incierto
irá al lecho infeliz de tus amores
a llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
tu cráneo, lleno de una nueva vida,
en vez de pensamientos dará flores,

en cuyo cáliz brillará escondida

la lágrima tal vez con que tu amada
acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
porque en la tumba es donde queda muerta
la llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión a cuya puerta
se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
que de nuevo a la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
allí acaban los goces y los males
allí acaban la fe y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
y mezclados el sabio y el idiota
se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
y perece la máquina, allí mismo
el ser que muere es otro ser que brota.

El poderoso y fecundante abismo
del antiguo organismo se apodera
y forma y hace de él otro organismo.

Abandona a la historia justiciera
un nombre sin cuidarse, indiferente,
de que ese nombre se eternice o muera.

Ante la visión de esta corriente filosófica, el hombre es enteramente responsable de sí mismo y de todos los hombres: somos responsables de nosotros por lo que hemos aspirado a ser, no supeditada esta decisión a un destino divino o a una circunstancia social, mucho menos derivada de una predisposición biológica o natural; de la misma manera el hombre es también responsable de los demás, porque al elegir ciertos valores, elige un arquetipo del hombre tal y como debiera ser, así cada “acción compromete a la humanidad entera”.

Él recoge la masa únicamente,
y cambiando las formas y el objeto
se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto

mas la vida en su bóveda mortuoria
prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria
a la que tanto nuestro afán se adhiere,
la materia, inmortal como la gloria,
cambia de formas; pero nunca muere.

El existencialismo fue una forma del humanismo: no uno retrógrada y optimista per se, que pondera la supuesta bondad de la humanidad en su conjunto; sino al contrario, uno con una clara conciencia de que no hay otro legislador que el hombre mismo en su afán de reivindicarse en el ámbito de lo humano: el único espacio al que el hombre pertenece.

Conclusión

Como se desprende de la reflexión anterior, es obvio que el poeta saltillense no abrazó conscientemente los preceptos existencialistas para integrarlos a su obra, lo que comprueba una vez más la capacidad de la poesía para filtrar e interpretar las más profundas pulsiones de su tiempo, materializadas en literatura. Lo que trae a cuenta la conocida frase de Borges en *El libro de arena*: “Ya no quedan más que citas. La lengua es un sistema de citas”. Aunque el argentino quizá exageraba en su alumbradora frase, lo que él propone como un defecto vendría a ser más

característica y cualidad de las obras literarias de todos los tiempos, ya que ésta se ha nutrido siempre de fuentes y modelos previos, fenómeno multiplicado cada vez más en los tiempos actuales.

Quizá lo que la teórica de la intertextualidad Julia Kristeva quería hacer en su libro *Semiotiké* no era más que glosar al invidente argentino: todo texto es una construcción, un gran mosaico de citas, absorción consciente o inconsciente de otro texto. La obra literaria sería una suerte de palimpsesto, cada línea, cada palabra y cada silencio pueden revelar la huella de textos anteriores, escrituras sucesivas y superpuestas: cada palabra lleva en sí el germen de su genealogía, voces proverbiales que aluden a una memoria colectiva, las multicitadas “voces de la tribu”. A coro con Kristeva, el autor francés Roland Barthes llegó a afirmar que “todo texto es un intertexto” puente y recipiente de otros textos y otras vidas contenidos en él. “El león está hecho de corderos”, respondió Octavio Paz ante la acusación de haber plagiado la obra del sociólogo Samuel Ramos para escribir su *Laberinto de la soledad*.

Un autor es sus lecturas, sus vivencias, su pasado, y su manera de devorar y digerir al mundo. O Borges, otra vez Borges, que hizo de una nota al pie de Mark Twain un cuento.

“Mimesis”, “diálogo”, “paráfrasis”, “glosa”, “comentario”, “cita”: el nombre es lo de menos.

Obras como la de Acuña, que cobran su más profundo sentido al ser leídas a la luz de otras que la preceden, que la siguen, o incluso se sobrepone a ella misma.

Así, la angustia suprema de Acuña, el uso de sus palabras para intentar medir la dimensión de la finitud en el contexto humano, la temporalidad, la muerte, la subjetividad, la libertad, la responsabilidad, el compromiso, la autenticidad y la fragilidad de la existencia, serían las mismas de los existencialistas, y como prueba irrefutable de su hondo aliento poético, casi ochenta años antes de los existencialistas del siguiente medio siglo, anticipándose, haría suyas las mismas preguntas de los filósofos ante el horror de la guerra y la incertidumbre de ese y todos los tiempos: ¿Existe la libertad absoluta? ¿Por qué o para qué existe el ser? ¿Tiene sentido la vida? Mismas cuestiones que un justo un año después, el enorme poeta José Martí usaría para despedirse así del bardo saltillense a través de la publicación mexicana “El Federalista”:

“¿Tan pequeña es el alma que son límites las paredes sin tapiz, la vida sin holguras, equivocados y miserables amoríos y la fatal diferencia entre la esfera social que se merece y aquella en que se vive, entre la existencia delicada a que se aspira y la brusca y accidental en que se nace? Habrán hecho confusión lamentable en su espíritu los cráneos y las nubes: aspirador poderoso, aspiró al cielo: no tuvo el gran valor de buscarlo en la tierra, aquí que se halla. Él estaba enfermo de dos tristes cosas: de pensamiento y de vida.”

Espiral

La intertextualidad entendida como una sucesión infinita, sinónimo de inmortalidad: Palabras y preguntas que se repetirían un siglo exacto después, un 6 de diciembre

de 1973, cuando a cien años de su deceso, el Instituto Nacional de Bellas Artes organizó un inusitado homenaje, y el extinto grupo de rock Antorcha, liderado por el músico Omar Cortés, entonó una extraña pieza de más de nueve minutos, de la que no existe registro sonoro alguno, parafraseando y extendiendo la obra del saltilense, *Manuel Acuña. In Memoriam:*

Y bien aquí estás ya en el Palacio,
donde el gran horizonte de la fama
con sus voces y luces derrama.
Aquí donde las voces se levantan,
para dar solución a tu problema,
cuyo solo enunciado nos espanta.

Ahora que la gran lengua legendaria
de tu espacio verbal nos envuelve,
como el plomo del antitranspirante.

Podría ser el alba;
sombras de oriente a poniente.

Allá va,
en su mirada ¿quién sabe que cultura le promete?

de grande y de terrible.
Allá va, solo y vagabundo
tomando con su fuerza lo invisible
con sus plantas el mundo.

Aquí donde la fabula enmudece,
y la luz de los hechos se levanta
y la superstición desaparece.

¿Por qué me miras y tiembles?
¿Por qué tienes el rostro oculto?
¿Tu sabes quién es el muerto?
¿Tu sabes quién fue el verdugo?

Venimos a ceñir sobre tu frente,
la corona de luz que tu querías
La fiera que tu espíritu escondía
que aguarda que la tumba te devore.
Venimos a decirle que no llore.
Venimos a decirle que no has muerto.
¡Manuel Acuña!

REFERENCIAS

Belaval, Y. (1981). *La filosofía del siglo XX*. v. 10. (pp 67-89) México. Ed Siglo XXI.

Hyde, J. E. (1957). *Manuel Acuña, positivista romántico*. (pp-56-77) México. Ed. UNAM.

Kierkegaard, S. (1843). *Temor y temblor*. (pp. 34-45). Argentina. Ed. Trotta

Kristeva, J. (1987). *El lenguaje, ese desconocido: introducción a la lingüística*, (pp. 35-46). Madrid. Ed. Fundamentos.

Kristeva, J. (1969). La palabra, el diálogo y la novela en *Semiótica I*. (pp.187-225) Madrid: Ed. Espiral.

Murdoch, I. (1957). *Sartre, un racionalista romántico*. (pp. 89-101) Barcelona. Ed. De bolsillo.

Ortega y Gasset, J. (1958) ¿Qué es filosofía? *Revista de occidente*. (pp-33-45)

Prini, P. (1992). *Historia del existencialismo: de Kierkegaard a hoy*. (pp.278-296). Barcelona. Ed Herder

Zea, L. (1943). *El positivismo en México*. (pp. 325-346) México. Ed. El Colegio de México.